

XXII

LA MISION

Cuando hube conquistado con la actividad caprichosa y temeraria de tres o cuatro años lo que para cualquiera (para muchos) hubiera sido un arribo y una victoria — tener un nombre, ser leído, discutido, seguido, temido —, sentí más profundamente que antes un vacío vergonzoso en mí mismo.

¿Pero cómo? ¿Es esto todo? Esto únicamente el fin último de mis días y de mis noches de trabajo, la conclusión de mis esfuerzos tentaculares hacia una luz menos terrestre, el resultado único, y definitivo de toda una juventud, de todos los ardimientos y furiosos de una juventud concentrada y comprimida durante largos años, llameante de pronto como una hoguera de alegría sobre la montaña. ¿Esto tan sólo? ¿Nada más que esto? Ver impreso el propio nombre, repetidas las propias palabras, reproducido el propio rostro; en la plaza las ideas más caras; arrojadas como pasto a “un cualquiera” las más celosas confesiones y los entusiasmos más inoportunos. ¿Y luego? Tener alrededor unos cuantos monos que imitan los gestos de uno y algún papagayo que tartamudea las frases de uno; ver libros con el nombre de uno en la cubierta, artículos con la firma de uno al pie; oír a quien habla de uno sin entenderle y no le comprende a uno, o le desprecia y le

envidia, y ni siquiera sabe molestarle a uno. Convertirse en un autor, un autor conocido, tal vez valorado; buscado por los directores de periódicos, deseado por los editores, perseguido por los gacetilleros de oficio; traducido a otras lenguas; candidato a la honrada celebridad de los cuarenta años.

Pero ¿y luego? Empezaba a obtener todo esto y sentía que no me bastaba, que no me bastaría nunca. ¿Qué me importaba, ser o llegar a ser un filósofo “brillante”, un escritor “muy conocido en el mundo literario”, un fabricante y comerciante más o menos afortunado de palabras y de pensamientos? ¿Dónde iba a parar? Poco era menester para saberlo. Aun mirando a lo alto, con toda la locura permitida a los mediocres, no había más que esto: ser impreso por Treves, enseñar en la Universidad, formar parte de una Academia, obtener (viejo, decrepito, inútil ya) el premio Nóbel...

¿Pero de ninguna manera! Sentía haber nacido para otras cosas, querer otros fines. No era ambición la mía; no era vanidad, sino orgullo, orgullo del bueno, orgullo diabólico, orgullo divino. Quería ser verdaderamente grande, épico, desmesurado; quería realizar algo gigantesco, inaudito, que cambiase la faz de la tierra y el corazón de los hombres.

Si no, mejor nada. Mejor marchitarse en el ocio cretino de una subprefectura o animalizarse en el trabajo manual, o, mejor que todo, ahogar los sueños fallidos y el peso del cuerpo en el agua amarilla del Arno.

Necesidad antigua y continua de ser jefe, guía, centro; pero especialmente inestable en aquel tiempo de ascensiones y animosos deseos.

Confieso: no me importaba mucho el por qué, sino que los ojos de todos estuviesen vueltos — ¡al me-

nos un momento! — a mí, y que todas las bocas hubiesen repetido mi nombre.

Fundador de escuela, iniciador de secta, profeta de religión, descubridor de teorías o de ingenio admirables, capitán de un partido nuevo, redentor de almas, autor de un libro de cien ediciones, maestro de cenáculo; cualquier cosa, pero el primero, el más célebre, el más grande en cualquier cosa.

Ser uno de esos que dan un nombre a una idea, a una multitud de hombres, que revelan una verdad nueva, imprevista, extraña; de esos a quienes todos deben conocer y juzgar, a quienes se les debe un capítulo, un párrafo en las historias, y que tienen su dominio propio, su campo aparte, su bandera reconocida.

No me importaba el por qué, no me importaba el cómo; pero no quería quedarme aparte, en segunda o tercera fila, entre las personas simplemente interesantes, simplemente curiosas, cultas e inteligentes. ¡Incluso una tontería, incluso una locura; pero ser el inventor de esa tontería, el héroe de esa locura!

Al principio me propuse la acción que les parece a los poco profundos más acción: a la política. El socialismo iba ya declinando, pero seguía siendo con todo el máximo movimiento humano de mi país en aquel tiempo, y yo, el hombre del no y de la contracorriente, me situé contra el socialismo.

Y fuí socialista — socialista al revés; — acepté la lucha de clases. Pero que fuese verdadera lucha, guerra en términos verdaderos, no ya agresión del hambriento enardecido (el pueblo) contra el patrono tembloroso y transigente. Lucha de clases; es decir, defensa de la clase que ha hecho y que ha vencido, contra la clase que quiere hacerle abdicar antes de tiempo. Defensa burguesa: poca piedad, política de hierro y todas las ideas asociadas: expansionismo (es decir, nacionalismo-ejército y marina). Fuí redactor jefe del

primer periódico nacionalista italiano; hice un discurso para diseñar el programa de un nuevo partido nacional. Me las vi todas las semanas con los popularistas; me arrojé a la polémica; mordí las glorias demagógicas; destripé las ideologías revolucionarias; quise devolver dignidad y valor a quien ya no quería sino ceder. Queríamos que Italia fuese grande en el presente, incluso con las conquistas. Pensábamos en Africa, pedíamos acorazados e intentábamos reavivar el poco espíritu imperial que pudiera haber todavía en Italia después de las derrotas de Abisinia.

Pero de este imperialismo colonial y militar pasé en seguida por mi cuenta a un nacionalismo espiritual. Italia me parecía un país sin vida, sin unidad ideal, sin un fin común. Todo mortecino, todo sin eco. Cada cual para sí, un poco de camorra para todos. Me pregunté cuál era en aquel momento el papel, la misión de Italia en el mundo. Y no supe responder. Entonces empecé con mazziniana inoportunidad mi *campana por el obligado despertar*. Débiles llamamientos (artículos, opúsculos, cartas) en un mundo rumoroso y distraído. Quería que mi país hiciera algo suyo, que representase algo suyo entre los demás pueblos. Quería que los italianos, arrojada la retórica de los pasados resurgimientos, se propusieran un gran fin común, un fin verdaderamente nacional. Desde 1860 no había habido un sentimiento, un pensamiento único, italiano. Era tiempo de ponerse en camino de nuevo. Una nación que no siente en sí la pasión mesiánica está destinada a deshacerse.

Pero ¿cuál podía ser esta suerte nacional? Yo mismo no estaba muy seguro. Gritaba y clamaba y luego interrogaba a los mismos que habían acudido a mis llamamientos. Decía: la preparación del dominio espiritual de las cosas. En Italia el espíritu había sido

siempre privilegiado; en este país debía empezar el definitivo reino del espíritu.

Pero ¿podía ser este un lazo nacional? Presto me di cuenta de que no. Este problema del señorío absoluto de la voluntad transcendía al más fantástico patriotismo. Era menester dirigirse a todos los hombres y trabajar para todos. No más los intereses físicos de un cantero de tierra, sino los intereses espirituales de toda la Humanidad.

Creía con toda la fuerza de mi alma tener una misión en el mundo — una misión mía, una gran misión. — Me parecía todos los días ser el llamado a hacer lo que los demás no hacían, ser el llamado a transformar de punta a cabo hombres y cosas, desviando el curso pacífico de la historia.

¿Quién me llamaba? No lo sabía, no lo sé. No creía en Dios, y en ciertos momentos me sentía como un Cristo que debiese a toda costa disponerse a otra redención; no creía en la Providencia, y me veía en el futuro como el Mesías y el salvador de las gentes. Eran voces que hablaban dentro de mí; eran voces subterráneas que parecían subir de otro hemisferio, de otra tierra. Me imaginaba que esta vida nuestra era ya *otra vida* y que esta tierra era ya cielo para otros que gemían abajo (no muertos aún allí, no nacidos aún aquí arriba), y pensaba yo que me llamarían para que los salvase, para que los levantase hasta mí y les hiciera partícipe de nuestras alegrías más divinas, de nuestras verdades más ciertas. Algunas veces mi estado de ánimo se asemejaba al de un dios que oiga a una multitud dolorosa rezar a sus pies invocando felicidad y liberación, muerte y redención. Y me conmovía como nunca me había sucedido leyendo a Marcos, a Lucas, a Mateo y a Juan, y una vez lloré sobre una vida simple y desnuda de Mazzini.

Me sentía empujado misteriosamente a hacer algo

por los hombres, por todos. Me parecía haber prometido antaño y ser llegada ya la hora improrrogable del cumplimiento.

Me había hecho a mí mismo; debía hacer a los demás. Había destruído; debía reconstruir. Había despreciado la realidad; debía cambiarla y purificarla. Había odiado a los hombres; debía amarlos, sacrificarme por ellos, hacerlos semejantes a Dios.

De otra suerte, ¿de qué aprovecha el haber venido a la tierra? ¿De qué sirve haber renegado crudamente del pasado? O rehacerlo todo y recomenzarlo todo y sublimarlo todo con un esfuerzo colosal de amor y de voluntad, hasta hacer habitable la realidad incluso a los más delicados y grandes, o renunciar a todo: de las alegrías intuitivas del vegetar a las satisfacciones de una pseudocelebridad europea y americana. Volvía en mí, también para la acción, el peligroso dilema infantil: o todo o nada.

El saber sólo ya no me bastaba: quería obrar. No me contentaba del todo el escribir: quería grabar mi voluntad en las cosas y en los espíritus. Quería salir de esta contemplación sin fin, de este batallar de palabras y de conceptos muertos, de estos fuegos artificiales de ideologías efímeras, de cohetes paradójicos y fantásticas ruedas. Estaba cansado de ver, de comentar, de juzgar lo que los demás hacen; de criticar y deshacer solamente. El mundo puramente cerebral, verbal y papelístico en que me debatía aparecíame árido y sin esperanza. Era menester salir de él para alguna empresa más vasta, más fecunda, más concreta.

Pero no ya para sumirme en la vida primordial y animal de todos, en los negocios sólidos, en los quehaceres ordinarios, en la acción que es simplemente continuación y en la lucha que es sólo lucha por el pan, por el lecho, por el dinero, por la mujer y por la

autoridad. Quería obrar, pero no obrar humanamente, como los demás, como todos. Había mucho más que hacer, y nadie pensaba en ello. Vivir, sí; pero no la vida acostumbrada y siempre igual; obrar, sí; pero no para los antiguos fines. Mi paso por la tierra debía dejar una huella más profunda que una revolución o un cataclismo. Quería, en suma, que *comenzase conmigo, por obra mía, una nueva época de la historia de los hombres*. Inaugurar una nueva era, un período absolutamente distinto, un tercer reino. El hombre había sido, en los tiempos primitivos, puro bruto, fiera vegetativa. Después había ascendido a la Humanidad, había construido instrumentos, se había apoderado de las fuerzas de los animales, del viento y del fuego; había desatado poco a poco al pensamiento de los lazos de la pura conservación; se había iluminado y sublimado en el arte. Pero su vida estaba aún llena de supervivencias animalísticas; la barbarie permanecía en él bajo los indumentos del *gentleman*; y las perfecciones de la vida mecánica; los fines últimos y comunes de la vida eran los mismos de los antepasados de presa: comer bien, gozar las más hermosas mujeres, mandar a los más débiles, robar a los demás todo lo posible. Las alegrías supremas y verdaderamente superanimales del pensamiento por el pensamiento, del pensamiento puro y desinteresado, de la contemplación y de la creación del arte, eran para muy pocos y en esos pocos reducidas a algunos momentos. La Humanidad estaba, pues, en un estado intermedio entre la fiera y el héroe, entre Calibán y Ariel, entre lo bestial y lo divino. Había que arrancarla de tal antigüedad, de tal contaminación. Matar, extirpar cuanto había aún de infrahumano en el hombre, para hacerlo sobrehumano, no ya hombre. Acercarlo a Dios, hacer de él la verdadera divinidad, innumerablemente viviente en el espíritu y para el espíritu.

¿Cuál es la parte más alta, más última, más noble y pura del hombre? El alma. Queriendo obrar sobre el hombre en el sentido elevador, había que obrar sobre el alma. Únicamente en la dirección espiritual es posible esperar un cambio radical de ruta, una evolución total de esencias y valores. La parte más elevada del hombre es la única guía hacia la altura. En la vida presente del espíritu está ya la semilla, el principio de la futura vida divina del hombre. La contemplación del filósofo, el éxtasis del místico, la creación del poeta; todo lo que aleja de las humillantes necesidades de la conservación corporal, del asqueroso gozo de los intereses terrenales, está en el espíritu. Y el espíritu es dúctil, es maleable, perfectible. Reserva en sí promesas indefinidas y sorpresas inesperadas; da señales de poseer el germen de otras facultades y el primer impulso hacia desenvolvimientos admirables. Si ha de surgir algo nuevo y grande en la vida del hombre, surgirá del espíritu; si queremos perfeccionar al hombre, es menester hacer perfecto el espíritu. Todos los valores en él residen, todas las razones de la vida externa, todos los motivos de nuestros actos. Si él cambiase de pronto cambiaría toda la vida. Si se propusiera diversos fines, si destruyera en sí algunas preferencias y adquiriese otras, la existencia de la Humanidad se agitaría y renovararía. Todas las cuestiones — nacionales, sociales, morales — no son en el fondo nada más que cuestiones de alma, cuestiones espirituales. Mudando el interior se muda el exterior; renovando el alma, se renueva el mundo.

Y el mundo se renovaba en absoluto. La vida de los hombres — lenta, pesada, adormecida, vulgar, física, infernal — asqueábame cada vez más. Quería que los demás sintiesen también esa náusea y que encontrasen la fuerza necesaria para salir de ella, para reducir y renegar la vida del cuerpo, la vida tradicio-

nal, la vida bárbara y selvática, enmascarada malamente (y hecha más atroz) con hierro, carbón y electricidad.

Era indispensable una última ascensión. Debía por fin abrirse el nuevo volumen de la historia universal. El hombre había sido primero todo carne; después carne y espíritu juntamente, y ahora debía ser todo espíritu, espíritu solo. Después de la edad fiera y la edad humana, la edad heroica, la época del ingenio al servicio de la fuerza, y, por último, la época del ingenio liberado, de la voluntad dominante, de la mente dominadora de toda fuerza.

Guiar a los hombres hacia ese reino; anunciar esa nueva edad, realizar esa época: he aquí el deber que voluntariamente me impuse. Mi misión era doble; disgustar y alejar de la vida presente a los hombres y preparar y hacer visible la vida superior y sobrehumana que yo presentía y entreveía con la exasperada tensión de los máximos deseos.

Pero, ¿de qué manera? ¿Y era digno de dedicarme a tamaña empresa? ¿Triunfaría? ¿Yo mismo estaba tan imbuído, tan dominado por el alma para tener derecho a despertar las almas ajenas e imponer a los demás una existencia menos desarrollada en lo feo y en lo malo?

Y aun teniendo un alma limpia, virtuosa y sin debilidades, ¿tendría intelecto lo bastante grande y animoso para inspirar a los demás con el arte la voluntad de la necesaria evasión de lo cotidiano inconsciente y conducir a término la elevación de cien pueblos a la esfera de lo divino?

Para dar principio a mi misión debía estar yo seguro de mí mismo; pulirme y engrandecerme; llegar a la perfección moral y a la sublimidad intelectual; trasmutarme en santo y en genio.

XXIII

EL PERFECTO

¿Pero cómo? ¿Pero no hay nadie entre vosotros que tenga el valor de venir aquí, a mi casa, cara a cara, y hablarme y descubrirme sin compasión ni melosidades qué soy yo? ¿No hay nadie que quiera decirme despiadadamente, como verdadero amigo, lo que he hecho de malo, lo que no he hecho o lo que hubiera debido hacer; mis defectos, mis vicios, mis delitos? ¿Sois todos hipócritas y cobardes como las señoras decentes de cincuenta años? ¿Tenéis miedo de que no hable en serio? ¿Teméis que tome a mal lo que me digáis o que en vez de abrazaros y besaros os rompa la cabeza u os ponga en la puerta?

¡Adelante, por Dios! ¿No habéis visto nunca la cara de un hombre franco que dice la verdad? Yo os llamo e invoco con toda el alma, con toda mi alma desgraciada. Tengo necesidad de saber qué cosa fea he cometido, para arrepentirme de ella y descontarla; tengo necesidad de todos modos de conocer mis defectos, para rasurarlos, quemarlos, deshacerme de ellos de una vez para siempre. ¿No habéis comprendido todavía qué es lo que me agita y me muerde noche y día?

Yo quiero hacerme un alma grande; quiero llegar a ser un grande hombre, un hombre puro, noble, per-

fecto. Sé que no viviré sino esta vez, y quiero vivir bien. La vida de todos vosotros me disgusta. Quiero ser grande o matarme. No hay otra elección para uno como yo. Tengo necesidad de estar más arriba que vosotros para que subáis más aún. Mas para llegar a ser grande es menester rehacer, atormentar, pulir, agigantar esta alma sola que nos ha sido dada no sé por quién para estos años breves de paso o de destierro sobre la tierra. Para hacerse el alma grande hay que conocer todas sus pequeñeces; para hacerla pura es menester ver todas sus suciedades; para hacerla animosa y fuerte, todos los miedos y las vilezas.

¿Creéis que me he mirado poco a mí mismo? ¿Os imagináis que no he estado espiando todos los movimientos, los resplandores, los refugios, escondrijos, temblores y palpitaciones más escondidos de mi alma?

Y con todo — ¡maravillaos cuanto queráis y tratadme como a un embustero, incluso! — no he encontrado *nada*, ¿entendéis?, no he encontrado *nada* que me asquee o me avergüence. No he conseguido, en tantos años, sorprenderme un verdadero defecto, un vicio declarado; no he logrado nunca detenerme en el umbral de una acción y decir: “¡Esto es una canallada!”. No me ha sucedido ni siquiera una vez el sentir murmurar dentro de mí el remordimiento de alguna acción no realizada o mal hecha o contraria a alguna ley de los hombres o de Dios.

¡Pero, decidme al menos una vez la verdad; por vuestras madres, decidme si es posible que haya en la tierra un hombre tan puro! ¿Seré acaso un santo sin pecado, el único virtuoso, el alma sin mancha, el hombre perfecto? No lo penséis ni siquiera un momento; es imposible, la cosa más imposible entre los imposibles. ¡También yo seguramente soy malo, sucio, cobarde, embustero, débil, falso y sin corazón! También yo seguramente peco setenta y siete veces al día,

y tengo el alma negra y pestilente como una alcantarilla. Si así no fuese, no sería un hombre. Si no fuese así, ¿por qué sentiría hervir continuamente dentro de mí este enorme deseo de ser grande, de tener un alma grande, un alma hermosa?

No, amigos; inútil es que me tentéis con palabritas al oído. No os creo ni os creeré nunca. Puede ser que yo sea puro y perfecto para vosotros, para esa torcida moral de haraganes y de traidores, de vergonzosos cansados y de cerdos enmascarados. Pero no para mí; para mí no soy puro y grande, ni para ti, ¡oh, ideal indescriptible de mi vida!, soy como quisiera ser o como debiera ser para acercarme sin rubor a la muerte.

Lo que hay es que nadie puede conocerse a sí mismo; nadie puede ver con severidad y decir con franqueza todo aquello que se siente, piensa y hace. El astuto amor propio, la agudísima vanidad, el interés calculador, la temerosa vergüenza, el descarado orgullo, están siempre allí para esconder; para celar, para cubrir, para excusar, para justificar. Por eso, sin duda, no me doy cuenta de la podredumbre que llevo conmigo y creo ser el cisne de una absurda perfección.

Ahora comprendéis el por qué necesito de vosotros y por qué no puedo dar de lado vuestra severidad. Los demás ven todo lo malo que hay en un hombre; la natural malicia humana tiene ojos agudos y la mente pronta. Nada escapa a su maldita vigilancia. Lo que no ve, lo adivina; lo que no puede adivinar, lo sospecha. No es de hoy el que los hombres vean la paja en el ojo ajeno.

No os hagáis los inocentes. Aquí no se trata de subterfugios ni de cumplidos. Vosotros véis ciertamente dentro de mí, os asqueáis y os horrorizáis tal vez. Pero ¿por qué no hay ninguno que me hable; al menos uno, *uno solo* que venga a decírmelo todo? Os repito

que yo no soy como los demás. En las alabanzas me cisco; odio las adulaciones, no puedo sufrir las palabras sobrentendidas.

¿Es que tenéis miedo? Os juro que el primero que me haga caer en la cuenta de un defecto mío será mi salvador, mi más caro amigo, mi verdadero hermano.

¿Es que mi alma es tan horrenda que os falta el aliento para proclamar en alta voz su fealdad? Cobrad valor y hablad. Os recompensaré como pueda. Os daré cuanto poseo; robaré por regalaros; me arrastraré en vuestras casas para serviros y adoraros.

¿No sois capaces de descubrir el mal? Entonces sois estúpidos e imbéciles, porque si hay algo malo, vosotros, los extraños, debéis verlo a primera vista. ¡Aguzad la mirada, hacedos más maliciosos, acechadme, preguntadme a quemarropa! Haced lo que queráis; pero yo quiero, de todas suertes, que me denunciéis y acuséis sin piedad. Mi vida y mi muerte, mi grandeza y mi abyección, están en vuestras manos.

¿Qué es lo que estáis ahí murmurando? Ya sé, ya sé que no sabéis más que hablar mal de los hombres en secreto, calumniarlos en voz baja y acusarlos cuando no están. Pero conmigo esa infamia debe acabar. ¡Venid a la luz del sol, hablad a toda voz! No me avergüenzo, no huyo. Quiero ser acusado e infamado para poder subir adonde yo sé.

Pero tal vez... — perdonadme si os ofendo —, pero tal vez vosotros no queréis revelarme mis vicios y mis pecados, para que no pueda purificar mi espíritu, para que no me sea dado llegar a la perfección que espero

¡A vosotros me encomiendo, hombres, a todos vosotros, amigos y enemigos; tened piedad de este pobre hambriento de grandeza! No le neguéis la amargura de la acusación ni la dureza de la condena. Hablad sin reparo, condenad ferozmente. No os detengáis si

me veis llorar, no os conmováis si veis que me pongo pálido. Me mataré si no me hacéis ver cuán pecador y culpable soy, si no me decís al punto cuán despreciable y miserable. Me encomiendo de rodillas a todos los hombres de la tierra. ¡Tened el valor una sola vez de decir la verdad cara a cara!